

IV

Un cuarto en la fonda del Tigre Real en Rambouillet.

Gastón se había marchado sin ponerse de acuerdo con Elena acerca de los medios de que se valdrian para verse ; mas ésta calculó que aquél cuidaría de ello. Signióle con la vista hasta que desapareció al través de la oscuridad : un cuarto de hora después entró en Rambouillet.

Entonces la religiosa Agustina sacó un papel de su ancha faltriquera, y á la luz del reverbero colocado junto á la portezuela, leyó las señas siguientes :

— Señora Desroches ; fonda del Tigre Real.

Sor Teresa entregó el papel al postillón, y diez minutos después paraba el carruaje en la fonda indicada.

Al punto una mujer que esperaba en un cuarto inmediato á la puerta principal, salió precipitadamente, se adelantó hacia el coche, y haciendo una respetuosa reverencia, ayudó á bajar á las dos damas: en seguida, precedidas de un criado que llevaba dos faroles pintados, las condujo por una

calle de árboles á un vestibulo de hermosa apariencia. La señora Desroches se detuvo para dejar á Elena y á sor Teresa que subiesen una escalera, y al cabo de cinco minutos se hallaron sentadas en un muelle sofá enfrente de un vivo y chispeante fuego.

El aposento en que estaban era magnífico, grande y anueblado con elegancia ; revelábase en todas sus partes el gusto todavía severo de la época ; en cuanto á la arquitectura, era del estilo triste y majestoso del gran reinado ; por encima, y enfrente de la chimenea, decoraban las paredes, cubiertas de seda, santuosos espejos de Venecia con dorados marcos ; y por último, pendía del techo una preciosa araña con multitud de brazos, sirviendo de *guarda-fuego* ó barandilla bonitos leones también dorados.

El salón tenía cuatro puertas : la primera era aquella por donde habían entrado ; la segunda conducía al comedor, iluminado, templado y con la mesa puesta ; la tercera daba á una alcoba adornada con decencia, y la cuarta estaba cerrada, y no podía abrirse.

Elena contemplaba sin asombro toda aquella magnificencia, el silencio de los criados y sus tranquilos modales y aire respetuoso, tan diferente de las fisonomías risueñas de los diligentes posaderos que había visto en el camino. La religiosa Agustina balbuceaba su *benedicite* y miraba con la mayor complacencia la suculenta cena que humeaba sobre la

mesa, regocijándose interiormente de que no fuese día de abstinencia.

Pasados algunos cortos instantes, la señora Desroches, que había acompañado á las dos viajeras hasta el salón, dejándolas en seguida solas, volvió á entrar, y acercándose á la religiosa le entregó una carta que ésta abrió con presteza.

La carta estaba concebida en los siguientes términos :

« Sor Teresa podrá pasar la noche en Rambouillet, ó volverse en seguida, si así le place. Recibirá doscientos luises, gratificación que ofrece Elena á su querido convento, y dejará su colegio á la cuidado de la señora Desroches, honrada con la confianza de los parientes de Elena. »

Por bajo de estos renglones y en vez de firma, había una cifra que la religiosa confrontó con el sello de una carta que llevaba de Clisson ; luego que vió su identidad, dijo :

— Vamos, hija mía, vamos á separarnos después de cenar.

— ¡ Cómo ! exclamó Elena, para quien sor Teresa era ya el único vínculo que la unía á su vida pasada; ¡ os vais tan pronto !

— Sí, querida mía. Verdad es que podría quedarme aquí esta noche, pero ya os lo he dicho, prefiero marcharme al punto, porque estoy impaciente por verme otra vez en mi deseada y santa casa de Bretaña, en la cual tengo ya mi arreglo de

vida, y donde nada me faltará sino vos, hija mía, para gozar de todas las satisfacciones.

Elena se arrojó llorando en brazos de la religiosa : recordaba su juventud pasada tan felizmente entre sus compañeras, que todas la amaban, ya porque su superiora les hubiese encargado que la respetasen, ya porque ella se hubiese hecho querer. Por una de esas ilusiones del pensamiento, que jamás explicará la ciencia, le vinieron á la memoria los verdes y frondosos árboles, el hermoso lago, las sonoras y argentadas campanas ; todo aquel tiempo en fin, que miraba ya como un sueño perdido, y que había pasado alegre y risueño por su imaginación.

La buena sor Teresa, por su parte, lloraba á lágrima viva, y aquel acontecimiento inesperado le quitó de tal modo el apetito, que se levantaba para irse sin cenar, cuando la señora Desroches recordó á ambas que la cena estaba servida, advirtiéndole de paso á sor Teresa que si iba á caminar toda la noche, no encontraría abierta ninguna posada, y por lo tanto no hallaría nada que comer hasta el siguiente día. Después de haberla hecho las anteriores reflexiones, la invitó á tomar algún refrigerio, ó á lo menos que se llevara algo para el camino.

Sor Teresa, convencida por este razonamiento de irresistible lógica, se decidió por último á ponerse á la mesa, y tanto rogó á Elena que le hiciese compañía, que al fin logró que se sentase delante

de ella, aunque resuelta á no probar bocado. La religiosa comió alguna fruta y bebió medio vaso de vino de España; después se levantó, abrazó de nuevo á Elena, la cual quería acompañarla hasta el carruaje; pero la señora Desroches hizo la observación que la fonda del Tigre Real estaba llena de gente, no siendo por lo tanto regular que dejase su cuarto y se expusiese á la vista de todos.

Elena entonces preguntó si podría ver al jardinero, que las había conducido; el pobre hombre había solicitado por su parte el favor de despedirse de la colegiala; pero nadie había atendido á sus sentimentales reclamaciones. Sin embargo, apenas oyó la señora Desroches manifestar á Elena semejante deseo, mandó que le dejaran subir, y fuéle permitido ver otra vez á aquella joven de quien creía iba á separarse para siempre.

En momentos críticos, y Elena se hallaba entonces en uno de estos, todos los objetos ó personas de quienes vamos á separarnos, se hacen más queridos á nuestro corazón. Así, pues, para ella la anciana religiosa y el pobre jardinero habían llegado á ser amigos, y experimentó el mayor desconsuelo al dejarlos, recomendándoles en el instante de marchar, á la una sus amigas y al otro sus flores, dirigiéndole al propio tiempo una mirada de gratitud por el favor de la llave de la verja.

Luego, como la señora Desroches viese que Elena

buscaba, aunque en vano, alguna cosa en sus bolsillos, porque el poco dinero que tenía lo llevaba en la maleta, le dijo:

— ¿Queréis algo, señorita?

— Sí, contestó Elena, hubiera querido dejar un recuerdo á este excelente hombre.

Entonces la señora Desroches dió á Elena veinte y cinco luises, y la joven, sin contarlos, se los entregó al jardinero cuyas lagrimas se aumentaron con tan inesperada muestra de generosidad.

Por último, fué preciso separarse: la puerta se cerró en pos de ellos: Elena corrió á la ventana; las vidrieras estaban cerradas y no se podía mirar á la calle: escuchó; un instante después oyó el ruido del carruaje que se alejaba poco á poco. Cuando cesó de oírse, Elena se dejó caer en un sillón.

La señora Desroches se acercó á ella, y la hizo observar, que aunque se había sentado á la mesa, no había tomado nada. Elena consintió en cenar; no porque tuviese apetito, sino porque esperaba ganar tiempo, pues suponía que aquella misma noche recibiría noticias de Gastón.

Sentóse, pues, á la mesa, invitando á la señora Desroches á que hiciese otro tanto; mas ésta no accedió hasta después de habérselo suplicado la joven muchas veces, y aun sentada no consintió en probar bocado, contentándose con servirla.

Concluida la cena, la señora Desroches enseñó á Elena la alcoba, y le dijo:

— Cuando necesitéis alguna cosa, tirad del cordón de la campanilla, y vendrá una doncella que está á vuestras órdenes; porque habéis de saber, que esta noche misma tendréis probablemente que recibir una visita...

— ¡Una visita!; exclamó Elena interrumpiendo á la señora Desroches.

— Sí, señorita, replicó ésta; una visita de uno de vuestros parientes.

— ¿Es quizás el que se interesa por mí?

— Desde que nacisteis, señorita.

— ¡Oh Dios mío! repuso Elena poniendo la mano sobre su corazón; ¿y decís que va á venir?

— Así lo creo, porque desea mucho conoceros.

— ¡Oh! murmuró Elena, me parece que voy á ponerme mala.

La señora Desroches acudió, y la sostuvo en sus brazos.

— ¿Tanto os asusta, le dijo, la idea de hallaros cerca de quien os ama?

— No es susto lo que siento, es emoción; ignoraba que era hoy el día en que me presentaría á él, y esta noticia que me habéis dado sin prepararme, me ha sorprendido.

— Pues aun no os lo he dicho todo, continuó la señora Desroches; esa persona se ve precisada á rodearse del mayor misterio.

— ¿Y por qué?

— Me está prohibido responder á esa pregunta, señorita.

— ¡Dios mío! ¿qué significan tales precauciones para con una pobre huérfana como yo?

— Son indispensables, creedlo.

— Pero, en fin, ¿en qué consisten?

— En primer lugar, no podéis ver el rostro de esa persona, porque si por casualidad la hallaseis fuera de aquí, no quiere que la conozcáis.

— Entonces, ¿esa persona vendrá enmascarada?

— No, señorita; pero se apagarán todas las luces.

— ¿Y nos quedaremos á oscuras?

— Justamente, señorita.

— Pero vos permaneceréis aquí, ¿no es verdad, señora Desroches?

— Señorita, siento mucho deciros que no, pues me está expresamente prohibido.

— ¿Por quién?

— Por la persona que debe venir á veros.

— Pero, ¿debéis una obediencia absoluta á esa persona?

— Más que eso, señorita; le debo un profundo respeto.

— ¿Es ilustre?

— De las más elevadas familias de Francia.

— ¿Y ese gran señor, es pariente mío?

— Muy inmediato.

— En nombre del cielo, señora Desroches, no me dejéis en esta incertidumbre.

— Ya he tenido el honor de deciros, señorita, que hay ciertas preguntas á las cuales me está expresamente prohibido responder. Y la señora Desroches hizo ademán de retirarse.

— ¿ Me abandonáis ? exclamó Elena.

— Os dejo para que os vistáis.

— Pero, señora...

La señora Desroches se inclinó profunda y respetuosamente, y salió andando de espaldas, cerrando la puerta tras sí.

V

Un montero con la librea de S. A. R. monseñor el duque de Orleáns

Mientras que en la fonda del Tigre Real tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, estaba en otro aposento del mismo edificio un hombre sentado cerca de un gran fuego, sacudiendo sus botas cubiertas de nieve, y desatando los cordones de una enorme cartera.

Este hombre vestía el traje de montero del duque de Orleáns : casaca encarnada con bordados de plata, calzón de ante, botas de montar y sombrero de tres picos galoneado también de plata.

La mirada era penetrante, su nariz larga y puntiaguda y llena de granos, su frente convexa denotaba una franqueza que desmentían sus finos y apretados labios. Hojeaba con atención sobre una mesa colocada delante de él los papeles que contenía la cartera.

Siguiendo una costumbre que le era propia, hablaba en alta voz ó más bien murmuraba frases que interrumpía con exclamaciones y juramentos